

# La formación teológica como búsqueda de Dios

FRANCISCO MENA OREAMUNO\*

## INTRODUCCIÓN

En este artículo he tratado de concentrar, reflexivamente, mi experiencia académica y docente de los últimos años, tanto en la Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión, como en la Universidad Bíblica Latinoamericana. Experiencia que está mezclada con una investigación permanente, casi obsesiva, del proceso cultural basado en los medios electrónicos de comunicación y sobre todo en el Internet. Nos ha tocado vivir el momento de la comunicación total en el que la información es el bien codiciado. ¿Cómo nos afecta esto como personas? ¿Cómo nos afecta como especie? ¿Cómo nos afecta como cristianos/as? Estas preguntas me asaltan a cada momento, sobre todo, al enfrentar las expectativas de otras personas que comparten conmigo el camino de la formación teológica participando en los cursos. ¿Cómo puedo abrir alternativas,

---

\*El magister Francisco Mena es profesor en la UBL.

perspectivas, lenguajes? ¿Qué hacer para que, más allá de los datos, encuentren un camino propio en este momento de la historia en el que el ser humano se disuelve en los medios informatizados de comunicación? Es vital que ahora, quienes tenemos el poder de la palabra, dejemos fluir al Espíritu de tal manera que no nos aferremos a nuestros propios conocimientos y ahogemos el futuro de otras personas. Lejos de esto espero que la siguiente reflexión estimule a quien estudia teología (que al fin de cuentas eso es lo que docencia significa: un compromiso permanente con el aprendizaje propio) a no creer demasiado en sí mismo/a sino a mantenerse en una permanente búsqueda de Dios. De este modo, quien quiera tomar un camino tal, encuentre un conocimiento que surge de la experiencia misma de estar-viviendo y estarlo en Dios.

## 1. LA DISOLUCIÓN DE LO HUMANO

Este artículo expresa una inquietud que he llevado adentro durante los últimos años. Se trata de replantear la constitución de lo antropológico que subyace a todo proceso humano de conocimiento y por lo mismo, de formación. La pregunta ¿quiénes somos? requiere más que una respuesta. Requiere un replanteamiento que no simplifique, sino que muestre el grado de complejidad que el conocimiento humano ha logrado sobre la especie a través de múltiples disciplinas, desde las científicas hasta las artísticas. Por ende, requiere de un replanteamiento que muestre la complejidad de nuestra manera de construir eso que llamamos “realidad” hoy.

*El mundo anterior, en el que se veía con claridad la diferencia de colores, se ha ido.*

Para algunas personas esto podría significar una pérdida de tiempo ante la agenda que el compromiso con las personas excluidas nos pone delante. Este

compromiso parece implicar que están claras las acciones directas e inmediatas que debemos asumir para superar o paliar este problema. Dicho así, parece, también, que tales acciones son claras y accesibles. Por esto, pensar en quién es el ser humano podría considerarse innecesario, pues lo fundamental es el hacer, la práctica, la acción directa.

En este punto es donde discrepo. No veo cómo podemos elaborar una agenda clara, a nivel teológico o pastoral, en un mundo cuya construcción está apenas en proceso. El mundo anterior, en el que se veía con claridad la diferencia de colores, se ha ido. Ahora los colores están tan mezclados que es casi imposible saber cuál es cuál. Quizá el aspecto de este nuevo momento que más me impresiona lo podría resumir en la siguiente frase: “estamos hablando de personas humanas en un mundo posthumano”.<sup>1</sup> Con relación a esto, Niran Abbas señala: “Teóricos como Arthur and Marilouise Kroker argumentan que el cuerpo ya es obsoleto. Según los Krokeros, el cuerpo se ha vuelto dispensable a finales del siglo 20 con el colapso de la economía y la implosión de la cultura. En la práctica, el concepto de obsolescencia aplicado a los seres humanos es un tipo de darwinismo social: propone la sobrevivencia de aquellas personas que tengan los medios económicos para financiar la continuación de su existencia”<sup>2</sup> ¿Qué significa que una cultura tenga el poder para hacer esto? ¿Qué significa que una cultura tenga el poder para convencer que el cuerpo es desechable por lo que hay que mejorarlo?

*...estamos en un momento de transición de la especie y nos obliga a pensar en el lugar donde el poder de tomar decisiones está concentrado*

Así, aunque directamente no se relacione con los millones de seres que viven con un presupuesto anual inferior al necesario para la sobrevivencia, sí plantea el problema de que estamos en un momento de transición de la especie y nos obliga a pensar en el lugar donde el poder de tomar decisiones está concentrado. Quedamos expuestos a

la urgencia de repensar el fundamento antropológico en una cultura que considera al cuerpo como algo dispensable y transformable sin más. Entonces, ¿quiénes somos?, ¿qué nos constituye?, ¿que necesitamos para continuar existiendo como especie? ¿cómo podemos expresar a Dios en un momento de transición de la especie? ¿qué lenguaje usar?

Por eso es fundamental reflexionar sobre lo antropológico: ¿quiénes somos como especie? Porque lo que hemos sido hasta el momento está en un punto crítico en el que no solo el papel del ser humano está siendo cuestionado profundamente, sino también su mismo ser está cambiando rápidamente. Este “ser” ya no pertenece a la especulación filosófica sino a la biología, a la ciencias neurológicas o psiconeurológicas, a la antropología y a la cibernética, etc. Desde este punto de vista no hay “ley natural”, o verdad divina que pueda explicitar lo que somos. Ahora que la estructura del A.D.N. ha sido descifrada, lo que tenemos por delante es una incógnita y no una respuesta. Por esta razón la teología, que es un lenguaje humano sobre Dios, tiene la tarea de repensar su fundamento antropológico para poder orientarse en un mundo que gracias a la cantidad de luz disponible, ciega.

Quiero afirmar desde el principio, y esto tiene sentido polémico, que mi opción es con y por quienes, como yo mismo, estamos urgidos/as de vida; y me refiero a cuestiones simples de la vida diaria como salud, comida, techo, trabajo estable...No se equivoque quien lea estas líneas, no escribe aquí alguien que se sitúa fuera de la realidad cotidiana de lucha por la sobrevivencia. Digo esto porque cada vez que trato de plantear este tipo de problemáticas para la consideración teológica me topo con la misma pared: la descalificación por considerar mis planteamientos como algo muy abstracto, primer mundista o “postmoderno”, o la indiferencia. Lo que es cierto es que en este momento vivimos en un mundo que empieza a configurarse cada vez más como orden posthumano. La especie humana aparece como una especie en vías de extinción y eso me preocupa.

En este sentido quizá los años 90's del siglo pasado nos tomaron por sorpresa cuando aún estábamos tratando de resolver los problemas de las décadas de los 70's y 80's. Hoy nada se mueve sin un número electrónico o una terminal de computadora. La revolución es decidida no por la fuerza de las armas libertarias, sino por la economía de mercado y ésta, muy a pesar nuestro, está dirigida no solo por personas, sino por sistemas que incluyen corporaciones y medios de información y comunicación. Las personas son tangenciales dentro de este nuevo mundo que se ha configurado delante de nuestros ojos. Es decir, las decisiones no dependen de una persona o de un grupo de poder o de una empresa, sino de una relacionalidad dentro del campo de la información. Esto nos obliga a pensar de otra manera sobre cómo construimos la realidad y las cualidades de esa realidad hoy.

Esto es, sin duda, inaceptable para quien sostenga la centralidad de lo humano. Lo humano hoy no existe fuera de la relación con las tecnologías de la comunicación y, en particular, con la configuración de la comunicación vía red informática. El poder como posibilidad humana de construir comunidad, es decir, de hacer política -construir la polis<sup>3</sup>- se ha desplazado a la autoconformación de los sistemas informatizados de toma de decisiones. El poder no descansa, entonces, en individuos o grupos humanos, sino en redes que se retroalimentan de poder<sup>4</sup>.

El principal argumento contra tal perspectiva sería que en América Latina, o quizá en todo el tercer mundo, este no es un problema. "Aquí" -se diría- "tratamos con personas de carne y hueso que no tienen computadoras y que están fuera de

*El mundo "real" es  
el mundo que  
construyen los  
medios y nosotros/as  
no somos ya  
únicamente  
observadores/as, sino  
parte de la dinámica  
de una sociedad  
cibernética.*

toda la cultura ‘postmoderna’ (este es otro adjetivo descalificativo) que estas conllevan”. Se equivoca quien afirme algo como lo anterior. Aquí en América Latina o en el tercer mundo, dependemos vitalmente de la nueva conformación del mundo virtual que poco a poco ha tomado el lugar de aquel ser humano de carne y hueso. Por eso no deja de sorprenderme la sabiduría de un amigo que me dijo, “empieza a existir una hambruna en Africa hasta que la ONU lo dice y los medios lo informan”. Dicho de otra forma, el hambre o la muerte no existe hasta que sea «oficialmente» reconocida y divulgada. El fondo de esta afirmación es cruel pero real. El mundo «real» es el mundo que construyen los medios y nosotros/as no somos ya únicamente observadores/as, sino parte de la dinámica de una sociedad cibernética. América Latina está en red: “Latinamerica.com”. Así compras, ventas, comunicaciones, transacciones comerciales, transferencias, estrategias de mercado, inversiones de este nuestro “Tercer Mundo” que afectarán a millones de ser humanos que ni siquiera tienen conciencia de ello, evolucionan diariamente en la asepsia de la red.

Sí, hace mucho sabemos sobre el poder de los medios de información, pero ahora la situación es definitivamente otra. Para quien haya podido ir al cine, se presentó en 1998 la película Matrix, en la que se toca como tema de fondo esto que estoy diciendo: la construcción digital, electrónica, cibernética de la realidad; la fusión entre la máquina y el ser humano, la mente digital organiza al cuerpo, a los cuerpos. La película levanta realidades virtuales en las que el sabor, la textura, y el color forman parte de la producción de laboratorio de programas informáticos que se autoorganizan y se transforman a sí mismos. La inteligencia artificial se independiza y doblega a los seres humanos para convertirlos en productores de energía (poder) que es el alimento fundamental de estas máquinas vivas. La calidad y la capacidad de reconstruir a niveles de pasmosa exactitud casi cualquier cosa y ubicarla en cualquier contexto por medio del uso de poderosas computadoras, supone una condición muy diferente a lo que se pensaba sobre el poder de los medios en los años 70’s y 80’s.

Hemos aprendido a ver en lo exterior nuestra interioridad plasmada en símbolos. Y los símbolos no somos nosotros/as, pero nos asumimos en ellos y los recreamos con obsesiva pasión y compasión. Estamos ante una “nueva creación” en la que los siete días originarios han sido asaltados por el código binario. Pero, muy en el fondo, lo que queda es el vacío primordial árido de sensaciones que mitiguen la soledad, el hambre, la pérdida, el sin sentido de la ciudad. Sí, porque aquí estamos hablando sobre los microcosmos urbanos (macrocosmos en un sentido central del término, cada ciudad es un mundo aparte, igual a todas las demás y específicamente diferente). Estas, moles de concreto y sentimientos, son un cosmos en sí mismas: orden y organización, dinámica de tiempo y determinación de la experiencia de corporalidad, relaciones inconclusas y ruptura de toda privacidad e intimidad. Las ciudades son “Babel”, el lugar de confusión donde el día es noche y la noche se ilumina con luces artificiales que consumen las entrañas de la Madre Tierra para que los autos de algunos y las personas drogadictas puedan deambular sin rumbo fijo por los laberintos de su ansiedad y por su necesidad de calor humano. En tanto existan ciudades y esta sea la forma en que las sociedades actuales se organicen, levantar la cuestión antropológica se transforma en una cuestión de sobrevivencia, porque el ser humano de los libros, de los grandes filósofos o teólogos, de la tradición occidental artística o religiosa, ya no existe. Eso que definimos como “excluido/a” ha sido reducido a la nada dentro de la red informática. Dicho de otro modo, ha sido reducido a la súplica de que la “realidad virtual” acepte y descubra a la realidad de “carne y hueso” que sangra y sufre.

*El poder está en  
manos del  
sistema mismo:  
creación primero  
y ahora creador  
de vida y  
muerte, que da  
existencia o la  
nulifica.*

Es como si ahora la lucha fundamental es llegar a ser noticia o conseguir cobertura noticiosa, a significar algo para los medios de comunicación. Sólo así se podría ganar el derecho a decir, a ser, a

*Repensar  
¿quienes  
somos? tiene  
una urgencia  
sin precedentes  
para poder  
reformular la  
teología y más  
aún la acción  
pastoral.*

actuar. Ya no importa la causa sino su comercialización; aún con buenas intenciones, los medios ya no se rigen por políticas autónomas sino por aquellas que surgen de la competencia y del sistema como tal que han creado y que ahora los conforma y los crea a su vez. Lo que es importante depende no de sí mismo, sino del gusto de la gente o de “lo popular”, que dicho sea de paso, ha sido formado por los mismos medios. ¿Quién tiene el control en estas situaciones? ¿Quién tiene el poder de cambiar las cosas? Nadie, porque el poder no está en las manos de alguien sino en una compleja red de

relaciones en la que un gerente o ejecutivo o inversionista es tan solo una parte y aunque reoriente el todo, no será capaz de dominar los subsistemas que conforman ese todo. El poder está en manos del sistema mismo: creación primero y ahora creador de vida y muerte, que da existencia o la nulifica.

Por esto, hablar de formación teológica es una cuestión fundamental y fundamentalmente antropológica. Repensar ¿quiénes somos? tiene una urgencia sin precedentes para poder reformular la teología y más aún la acción pastoral. No caigamos tampoco en la trampa de oponer teoría (teología) y práctica (pastoral). No puede andar quien no comprende el camino. Por ende, aceptemos de una vez por todas la integralidad de la especie humana en su condición de creadora de sentido y constructora de símbolos y mundos, entre ellos las ciudades.

Por otra parte, repensar lo humano es repensar a Dios, y por eso necesitamos sentirnos parte de un viaje por un mundo desconocido que se abre ante nosotros como una nueva dimensión. Dentro de este orden del mundo no se progresa ni se retrocede, sino que se experimentan las cosas de otro modo - es un salto en la oscuridad de lo nuevo. Así, nuestro peregrinar antropológico es una búsqueda de

nosotros/as mismos/as en un lugar desconocido que ha sido creado por nosotros/as y para nosotros/as. En esta búsqueda, para algunos y algunas de nosotros/as, está la búsqueda de Dios. Si el ser humano ha sido disuelto en las mezclas del concreto y los microchips, nuestras formas de expresar a Dios no pueden seguir amparándose en las estructuras filosóficas de siquiera hace 20 años. Tampoco podemos olvidar su espíritu, pero necesitamos nuevos símbolos, nuevas construcciones teológicas, nuevas maneras de dibujar a Dios. Porque aquél Dios seguro de las confesiones de fe o de los grandes sistemas teológicos no habla a la inseguridad de nuestro nuevo modo de ser-humanos-en-transición. Si hemos sido disueltos, también Dios ha sido disuelto; estamos ante una doble tarea de reconstrucción.

## 2. EL DESCONOCIMIENTO COMO ESPERANZA

Entonces la disolución de lo humano supondría una disolución de lo divino como construcción discursiva. Así, las categorías que usaríamos para hablar de Dios desde el contexto de un mundo cibernético suponen una concepción de tiempo, de cuerpo, de espacio, diferentes a las que usamos ahora diariamente mientras nuestra conciencia es, todavía, humana. Dios está siendo disuelto con nosotros/as pero no por esto destruido; disuelto en nuevos símbolos que expresan la ambigüedad de una nueva condición de orden y de poder diferente a lo que hasta ahora y aún ahora comprende eso que llamamos relaciones humanas. Se trata de un momento crítico en el que dos sistemas funcionan al mismo tiempo. Esto supone la creación de nuevas formas de conocer y de comunicar que ayuden a transitar un momento de transición. Pero es aquí donde topamos con un profundo problema de comprensión y transmisión de la experiencia de estar existiendo en medio de la deconstrucción del mundo presente. El inicio de una nueva condición de ser requiere entender los procesos de producción del discurso y luego ver cómo engancharse dentro de

ellos. Esto nos exige una actitud de apertura, flexibilidad y búsqueda, una condición de expectativa y, por qué no, de maravilla, y admiración.

Me explico. Cuando hablamos de Dios hoy desde una academia de teología, ese discurso es posible gracias a una reglamentación propia del discurso científico. Todo discurso de este tipo es cuestionable y, por ende, susceptible al análisis, la crítica y el cambio. Es un discurso que aunque pudiese ser fundamentalista, está condicionado por las reglas propias del pensar académico. En este sentido se trata de una construcción que no puede pretender otra cosa que expresar con la mayor claridad posible lo que va descubriendo sobre su objeto de estudio. En nuestro caso se trataría de discernir el camino de Dios en un cosmos urbano y en el proceso de transformación de la condición humana.

Caso contrario sucede cuando se escucha hablar de Dios en la radio, o televisión, o a cualquier persona en la calle. Ese otro discurso no tiene una reglamentación que pueda ser identificada como productora del discurso. Estos discursos que dominan la cotidianidad son autosuficientes y válidos en sí mismos. No aceptan la conciencia de una reglamentación de su producción; por esto son libres pues no aceptan su finitud y en su libertad absoluta, son todopoderosos. Dicho así, no proponen sino que funden su ser con su objeto haciendo de ambos una sola cosa indisoluble ante cualquier metalenguaje que trate de establecer las condiciones de su producción.

La lógica de estos discursos funciona como una revelación directa de la Verdad de Dios. Por ser "Verdad de Dios" es incuestionable. Por incuestionable es eficiente. Por ser eficiente es verdadera. Por ser verdadera es de Dios. Así el razonamiento se sostiene sobre sí mismo. La estructura analógica de este tipo de discurso religioso impide que la crítica producida por el discurso académico les alcance. Más bien, ambos discursos se cruzan sin tocarse o al tocarse, cada cual vuelve a su propio cause. En la mayoría de los casos se impone un doble proceso de descalificación.

La clave para comprender estos discursos “no reglamentados” es su capacidad de vincularse, con extrema libertad, a nuevos puntos de la realidad sin más mediación que un elemento revelatorio: un sueño, una visión, un trance de oración, un éxtasis místico, un sentimiento. Así, el discurso académico está en desventaja, pues no puede aducir que su fondo provenga de una revelación, sino que está regido por las reglas del discurso científico.

*...el discurso académico está en desventaja, pues no puede aducir que su fondo provenga de una revelación, sino que está regido por las reglas del discurso científico.*

Pero la situación es más compleja porque los discursos religiosos “no reglamentados” tienen hoy su sistema nervioso en la capacidad de comunicación, es decir, en los medios que posibilitan que no sólo una lógica argumentativa, sino un ambiente, una experiencia de fe, y la difusión de los testimonios de su verificabilidad, lleguen a la mayor cantidad de personas posible. El discurso teológico académico está condicionado por su capacidad de incomunicación: libros, monografías, perfección estética del uso del idioma y estructura coherente de su lenguaje. Ninguno de estos productos tiene la capacidad de alcanzar el volumen de personas necesarias para hacer sentir que un discurso es consistente, “verdadero”. La única posibilidad es que un libro o un artículo logre colarse dentro de la vida cotidiana de alguien y que esta persona sirva de puente para vincular y transmitir. Nada de esto hace que la cualidad básica del discurso “no reglamentado” sea cuestionada. Esta cualidad básica es su pragmatismo, su “utilidad” en la vida cotidiana, su verificabilidad por encima de su inteligibilidad y coherencia.

En la eficiencia del discurso está su poder. Este poder se manifiesta en actos concretos que las cámaras de televisión transmiten, desde cualquier escenario del mundo, cuando, por ejemplo, la persona tele evangelista impone sus manos y la otra persona cae al suelo

tocada por el Espíritu. Una explicación del hecho no funciona porque descubre el misterio y despoja al hecho de su fuerza divina. Lo divino siempre debe quedar como misterio. Solo que sus reglas, explicitadas en la Biblia, posibilitan, a quien aprende su gramática analógica, el conducir la fuerza del Espíritu por los canales deseados. El Espíritu, que es inaprensible, caótico si se prefiere (Jn 3.8), puede ser orientado según reglas más o menos precisas denominadas promesas. Pero es su pragmatidad lo que establece la fuerza del discurso “no reglamentado” como el que domina los medios hoy: su capacidad de verificar lo que afirma. No es su coherencia o articulación lógica lo que convence y aglutina.

Sin embargo, al igual que el discurso teológico, el discurso “no reglamentado” necesita partir de la base de que el conocimiento de Dios es posible. La verdad surge de la cercanía con Dios, sea ésta producto de la revelación (comprensión de la gramática analógica) o la reflexión (comprensión de la gramática analítica). El conocimiento de Dios es, como dijimos, un punto de partida fundamental. Conocer desde cualquier gramática del discurso es tener el poder de manejar, orientar, guiar. Dicho más rudamente, conocer es el poder para manipular. Aunque manipular no es necesariamente algo negativo en este contexto. Manipular hace referencia a la capacidad de manejar con destreza unos instrumentos. El propósito y su uso final son cosa aparte. El conocimiento es la capacidad de manipular instrumentos simbólicos para construir cosas. Conocer a Dios, sus humores, deseos, pasiones, anhelos, proyectos y planes es una tarea que posibilita manipular la continuidad de la vida. Sería maravilloso encontrar la gramática capaz de detener a un huracán como el Mitch. La realidad es que nadie la supo y por eso, a pesar de nuestras mejores intenciones, Centroamérica quedó devastada. Nuestro conocimiento de Dios no logró aplacar la furia de la naturaleza y el proceso del discurso inicia su tránsito para dar sentido al sin sentido del dolor: unos discursos que buscaban la conversión otros que buscaban el consuelo. Al final el conocimiento fue una cuestión de reorganización de significados y si de eso se trató en un momento tan importante, entonces, el

conocimiento de Dios debe ser nuestra capacidad para reorganizar símbolos significativos. Ese es el poder del conocimiento, crear sentido allí donde este se ha perdido.

Debemos añadir que la mediación fundamental de todo posible conocimiento de Dios es el cuerpo. Alves dice con relación al cuerpo: “Para quien está sufriendo sólo existe el cuerpo y el dolor: Dolor inmenso, que es preludio de la muerte. Muerte que tiene que ver con su cuerpo, único, irrepetible, centro del universo, grávido de deseos. Desde un punto de vista estrictamente humano, la clase social es apenas una forma de manipular el cuerpo... Para una persona de carne y hueso éste es el sentido de clase social: los posibles y los imposibles para el cuerpo.”<sup>5</sup> Sin embargo, Dios no es un diseño del todo humano y su gramática, aunque solo pueda nacer de nuestros propios cuerpos, va más allá de ellos. Esto porque en Dios enunciamos nuestra intuición primordial del amor por la vida o de la energía vital que hace respirar al universo y que nos hace ir más allá a pesar de todos los obstáculos y los temores, a pesar, aún, de la pérdida de nuestra propia vida. O sea, Dios es el enunciado de la vida y por tanto un enunciado imposible.

Ambos discursos, como señalé antes, tienen como sustento la posibilidad de conocer a Dios y esto significa que aunque sea sólo tangencialmente, tienen la capacidad de comprender y definir quién es Dios y cuál es su propósito. Esto significa que ambos deben tener fe en sí mismos, en sus capacidades, sus destrezas y sus productos. La capacidad de enunciar a Dios es la fe en la capacidad del poder de nuestro discurso para captar la realidad, o sea, para construirla y manipularla.

Aquí es donde yo tomo distancia. Sí, yo, en alguna medida, no creo en mi discurso aunque lo hago con pasión y sobre todo con amor. Durante años lo que busco en mis clases es trascender la estructura académica del discurso para alcanzar, desde una gramática alternativa, al ser humano que participa conmigo en la aventura de la

producción de conocimiento teológico. Para ser consecuente con esto debo afirmar que sí soy creyente: yo creo en el desconocimiento, en nuestra falta de destreza para conocer, en la poca precisión de nuestros instrumentos teóricos y en la pobreza de nuestros productos. Quizá por eso he encontrado una fuente de esperanza a partir de la negatividad. Espero porque busco, busco porque necesito, necesito porque estoy vivo, vivo porque siento mi fragilidad y siento mi fragilidad porque estoy en relación con otras personas y en esa dinámica me descubro. Mi discurso ha tratado de ser un instrumento para deconstruir mis propios ídolos y fantasmas. En los primeros encuentro, solapado, el poder para dominar por “razones justas” a otras personas; en los segundos, me embarga la culpa y el miedo al castigo por mis crímenes y eso me hace construir altares, ídolos, rituales para apaciguar mi atormentado espíritu.

Afirmar el desconocimiento como esperanza es asumir una actitud de apertura a lo diferente, a la fragilidad en todas sus formas, a la

*...en Dios enunciamos  
nuestra intuición  
primordial del amor  
por la vida o de la  
energía vital que hace  
respirar al universo y  
que nos hace ir más  
allá a pesar de todos  
los obstáculos y los  
temores, a pesar, aún,  
de la pérdida de  
nuestra propia vida*

hermandad entre todo lo que compone el mundo y su gramática ecológica, de la cual yo apenas soy una pequeña parte. Las reglas de este discurso son algo diferentes. Primero: al partir de que no puedo conocer a Dios, encuentro que mi discurso sobre Dios es necesariamente ambiguo y aproximativo, mediado por mi propia gramática. Sin revelación alguna, me enfrento al reto de enunciar mi pasión última por la vida y mi gratitud de sentirla fluyendo dentro de mi; en esta pasión me encuentro con el Espíritu de Dios. Así Dios, sobre todo, es gratitud.

Segundo, ningún discurso es capaz de captar el misterio y por eso no puedo discernir las reglas que gobiernan el ser de Dios o su propósito para el mundo - no sé cuáles serían sus intenciones o sus deseos, no encuentro claros sus anhelos. Estoy solo con mis intuiciones sobre lo que me embarga desde adentro y desde afuera al mismo tiempo: el canto de un pájaro, la mirada de una personita de la calle, el latido insistente de mi corazón, algún sueño inconcluso que presiona mi pecho. Si no puedo comprender las reglas de la gramática divina, puedo quizá dedicarme a escuchar y comprender con humildad las reglas de mi propia gramática humana - lo humano se convierte en campo de estudio de lo divino. Digo entonces: Dios es búsqueda.

En tercer lugar, el discurso más que conceptual o analógico debe ser plástico: la mutación entre el poder descriptivo del lenguaje analítico y la fuerza evocadora del lenguaje analógico. Dios es, en consecuencia, madre, amigo/a, amante<sup>6</sup>, no onnipresente, omnipotente, justicia, solidaridad, etc. Mi lenguaje se transforma en energía relacional, que vincula, afirma la solidaridad en términos de relaciones entre seres y cosas.

Cuando lo humano está en proceso de disolución no podemos volver atrás para aferrarnos al pasado. Al contrario, el pasado y el presente pueden unirse en nuevos lenguajes que aprendan unos de otros con respeto y atención. Dios es el eterno imposible. Dios es silencio, soledad, amalgama de concreto y piel, rejas que encarcelan lo que protegen. Dios es la metáfora del ser humano en un mundo posthumano en el que la fuerza creadora de una especie en vías de extinción tiene que buscar salidas antes de quedar totalmente encerrada en su propia creación. Frente al orden total, al mercado total, a la información total, Dios es caos, potencia creadora, energía incontrolable, en fin, liberación. Al desconocer a Dios me descubro incapaz de atarlo, de controlarlo, de absorberlo para mis propósitos, es más difícil confundir mis deseos con los Suyos. Cuando percibo algo de Su andar me maravillo porque en realidad no sé lo que busco, pero sigo tratando porque en el fondo lo que anhelo es la plenitud de vida.

### 3. LA FORMACIÓN TEOLÓGICA COMO BÚSQUEDA DE DIOS

Se daría por sentado que quien estudia teología lo hace porque ha conocido a Dios y busca profundizar ese conocimiento. Sin embargo, como hemos dicho antes, nuestro punto de partida sería que lo que podemos aceptar como premisa es la capacidad humana para desconocer a Dios. Se trata de asumir que la formación teológica parte de un desconocimiento de Dios, pero no un desconocimiento que surge de la ignorancia. No se trata de una renuncia a la producción de conocimiento, sino de una conciencia diferente, la conciencia de la infinita complejidad de los procesos que constituyen a la especie humana como especie en proceso de formación y tránsito, es decir, como persona creada en la dinámica de redes de relaciones. Un ser humano existe como unicidad, es cierto - Pedro, María, Sonia, Carlos - pero al mismo tiempo esa unicidad solo es un momento articulado en una red de relaciones sociales y ecológicas. Así, el punto de partida de la formación sería la lucidez de captar que el “yo” solo es un punto de un sistema infinito de posibilidades que no puede por sí mismo captar en su totalidad, sino en forma parcial y más allá de la razón, en la experiencia corporal que le da la impresión de ser uno. Las relaciones que le conforman están ocultas en la artificialidad de la diferenciación entre el “yo” y el “tu”.

Esta artificialidad es necesaria y al mismo tiempo limitante y engañosa. Cuando afirmo “yo soy...” estoy indicando un punto en el fluir de la energía vital del universo. Es como si definiera un río por medio de una fotografía. El río continúa su camino y sin embargo, queda congelado en el papel, mostrándome un aspecto que, en principio, me deja totalizarlo en una definición. La conciencia de la que hablaba anteriormente puede, también, explicarse con ese ejemplo. Si ese río fuese yo mismo entonces, debería continuar fuera del esquema presentado en el papel y tomaría los rumbos que una

serie de relaciones externas e internas me ofrecen; la foto, entonces, no es mi límite ni mi definición sino una representación, un icono (quizá, al final, un ídolo). Así, las dinámicas del movimiento y de la posibilidad se vuelven mi ser profundo, inalcanzable.

La formación teológica nacería de esta conciencia del fluir, del movimiento, de lo potencial y de ahí el punto generador del desconocimiento y por ende, de la necesidad de búsqueda. Pues el río no puede volverse sobre sí mismo y preguntarse quién es, pero yo sí, aunque sea solamente por lo que me indica un momento desde el que totalizo mi existencia. La capacidad de representar es una condición humana que nos permite construir con fragmentos un todo ordenado y coherente.

Dentro de esta capacidad de representar, el conocimiento racional sería, en consecuencia, una reducción, necesaria por demás pero fragmentaria y limitada. La Verdad a lo sumo sería la congelación de la dinámica del movimiento de la vida. Por ende, no puede haber un criterio de certeza, sino instrumentos limitados, operativos, que me permiten ver las cosas de cierto modo, “más claras”. Pero, para hacer esto, para que esta necesidad de operativizar las cosas, es decir, hacerlas manejables en el plano de la práctica, se realice, tengo que detenerlas, sacarlas de su entorno, transformarlas en materia inerte que pueda ser desarticulada y analizada. En este punto, el conocimiento racional, necesario y fundamental es profundamente necrofílico.

Cuando una persona asume y admite como verdad el conocimiento de esta índole, tal y como ha sido expuesto por la *episteme* de la modernidad, pierde conciencia del movimiento vital que le conforma como parte de un sistema de relaciones. El “yo” se totaliza y la capacidad de representar se torna en una barrera para acercarse a la vida. La única manera de encontrarse con el “tu” sería por medio de la muerte de este. El “tu” se hace dato inerte, expresión matemática

que indica la igualdad primaria entre el signo y su significado. El concepto se torna expresión cierta de la realidad que representa. La «realidad» se torna manejable y maleable. Ahora la podemos ubicar en la cadena lógica de las relaciones causa-efecto, trasformarla en estadística y utilizarla como un instrumento para medir y comparar elementos en la trama de las vida. Al dominarla la reducimos una vez más a la muerte. De este modo, ya no sigue el curso de su dinámica propia y es absorbida por el signo, hasta el punto de llevarnos a creer que la realidad es aquello que la representa y que su dinámica es la cadena dentro de la cual la hemos ubicado.

En ningún momento mis reflexiones implican la renuncia al conocimiento racional, todo lo contrario. La capacidad de “fotografiar” el río, y de hacerlo con mejores instrumentos cada vez, es necesaria para nuestra comprensión de la realidad y para tratar de reconstruir artificialmente su dinámica. Sí, debo admitir que la muerte del “tu” es necesaria para su análisis y comprensión. Pero la foto no puede matar realmente al río, este sigue su curso. Por eso lo que quiero proponer es un cambio de conciencia, y más, un cambio de fe. Quizá sería mejor decir un descreimiento, un perder la fe en el lenguaje racional y reducirlo a su condición de representación: una representación más objetivante, más fina, si se quiere, en cuanto calidad de expresar, con menos distorsiones por la fricción que se produce en la dinámica de las relaciones que conforman al objeto y que nos conforman a quienes observamos. El conocimiento racional es representación y solo eso. La Verdad es una metáfora.

Es obvio para quien entiende el fondo de esta reflexión que apunto hacia una dualidad en el proceso cognoscitivo actual: uno, el producido por la razón, otro, el producido por la corporalidad. El cuerpo es como una gran antena receptora y transmisora, es un punto de convergencia y divergencia de energías y por eso sabe más que aquello que la razón le permite comprender.

Por ejemplo, definir con un concepto el beso supone un tipo de comprensión diferente y menos compleja que el conocimiento que produce el darlo o recibirlo. En el segundo caso el proceso hormonal, sicoemocional, proyectivo del ser humano afecta y es afectado de una manera que no puede ser reducida al concepto. Pero en el fondo, esa dualidad no es tal, no existe, sino que es una manera en que nos distanciamos de nosotros/as mismos/as para volvernos hacia

nosotros/as mismos/as y comprender qué sucede. Cuerpo y razón son una sola cosa producto de las relaciones que nos conforman y que van desde los procesos de transmisión de señales bioeléctricas en el cuerpo hasta el medio ambiente donde se dan los eventos que estudiamos. Mucho del conocimiento que genera el cuerpo es imposible de estudiar racionalmente en este momento, así que habrá que esperar para tener una mejor “fotografía” del problema.

Volviendo al problema de la pérdida de fe en los productos de la razón, es necesario señalar que se trata de partir no de un punto de vista contrario, sino de otro nivel de conocimiento: el saberse convergencia de relaciones. Nuestra unicidad es la unicidad del cuerpo pero este es un punto en la dinámica de la trama de la vida. Mal hemos hecho al dejarnos convencer de que el ser humano es el centro de la creación y que desde su nacimiento se explica todo cuanto ha sido creado. Una nueva conciencia de la constitución del ser humano requiere de una renuncia al poder que produce la conclusión de que éste es el centro de lo creado.<sup>7</sup>

La conciencia que proviene de la ecología profunda sería la base epistemológica para nuestra propuesta que presupone una nueva

*Cualitivamente nuestra  
propuesta es transformar  
el lenguaje teológico  
formal en lenguaje  
plástico cuya capacidad  
de evocar supere la  
capacidad de explicar.  
Explicar destruye el  
misterio, evocar crea  
mundos nuevos*

organización de las relaciones del cosmos. Dentro de este campo científico el concepto de red implica la descentralización de todos los sistemas y subsistemas que componen la trama de la vida. Nada es mayor a nada, un elemento es tan importante como otro. Los sistemas se autorganizan y se recrean caóticamente según dinámicas propias. Es esta conciencia la que nos permite entender el primer apartado de este artículo: la disolución de lo humano. Es así porque entendemos que un sistema es diferente y funciona diferente a la suma de sus partes. Las propiedades sistémicas nos ayudan a entender que el ser humano no es el centro de la creación sino una parte en la red de la vida. Entonces su capacidad y poder no es divino y en realidad no es cocreador con Dios. La perspectiva ecológica nos obliga a pensar en nosotros/as mismos/as como partes de un sistema complejo al que debemos conocer, no para manipular, sino para fluir con este como el resto de las criaturas.

Como ya hemos dicho, Dios, en el esquema de pensamiento de la modernidad y aún hoy, es incógnita resuelta o fórmula capaz de resolverla. En la disolución de lo humano, Dios es la energía que vitaliza la totalidad de relaciones: una dinámica vital que no puede ser expresada en lenguaje matemático excepto en condiciones de total no-linealidad. De ahí la fuerza de la metáfora por encima del concepto. De ahí la capacidad de descreer en nuestra capacidad de conocer y de aprender a desconocer o aceptar nuestra no capacidad de conocer. Cualitivamente nuestra propuesta es transformar el lenguaje teológico formal en lenguaje plástico cuya capacidad de evocar supere la capacidad de explicar. Explicar destruye el misterio, evocar crea mundos nuevos. Pero tanto explicar como evocar suponen momentos complementarios e indisolubles del proceso de conocimiento. Por eso, nuestra manera de hablar aquí no implica la eliminación de uno sino su recompreensión.

Volvamos entonces a nuestro resumen del apartado dos: Dios es gratuidad, Dios es búsqueda, Dios es madre, amante, amigo/a, en fin, Dios es Caos. No es subversión porque ésta implica mantener

los elementos de la ecuación tal y cual han sido planteados. Por ende, Dios sería el opuesto a la injusticia, la opresión, la exclusión; por ende, existiría en tanto existan sus opuestos. Pero, lejos de ser un opuesto, una antítesis, Dios es Caos y de este modo creador permanente de crisis en todo orden posible. La ecuación queda así rota, inconclusa, imposible. Por eso hablar de Dios es construir un nuevo lenguaje que nace de nuestra conciencia de finitud, de ser un proceso inconcluso en la dinámica de una red, de ser una pintura, una melodía, una poesía...La tarea es construir lenguajes sobre Dios que hablen de la ambigüedad de nuestro estar-siendo-transitoriamente. Este lenguaje no parte de certezas o axiomas sino de posibilidades, de potencialidades. Abre la brecha de los mundos posibles que arrancan de cada acción humana hoy, ahora, para proyectar o soñar con el mañana. Pero sin olvidar que es en el hoy en donde se juega el futuro posible.

#### 4. A MODO DE CONCLUSIÓN: LA FORMACIÓN TEOLÓGICA COMO EL DOLOROSO NACIMIENTO DE UN LENGUAJE

Digamos que he dejado de creer que mi lenguaje sobre Dios es tan consistente como parece. Digamos que he dejado de creer en mi lenguaje, pero que este dejar de creer no significa un rechazo sino una nueva experiencia conmigo mismo. Digamos, también, que esa experiencia me invita a vivir en un permanente peregrinaje físico e intelectual de modo que me ha llevado a valorar todo cuanto me rodea como un don de Dios. A partir de aquí, el proceso de comprensión de la formación teológica requiere una profunda transformación porque todos los supuestos, en cada área que constituye a la teología, se han transformado en metáforas o a lo sumo en meros instrumentos de trabajo. Dios como algo comprensible se ha esfumado de mis manos. Dios, de pronto, se ha vuelto una incógnita en un sistema complejo de relaciones.

*...entiendo que la  
formación de nuevos  
lenguajes para  
expresar el  
conocimiento teológico  
debe partir de nuestra  
no-capacidad de  
conocer a Dios, y del  
respectivo deseo,  
pasión, anhelo por  
encontrarlo*

Por un momento quedo mudo, o tal vez balbuceante, mis palabras parecen incoherentes, se entremezclan profundidad y superficialidad, los parámetros de coherencia y claridad conceptual no pueden explicar mi discurso. Sufro de un estado de incomunicabilidad. Mi interior ha cambiado y me siento agradecido de estar vivo de una manera que rompe el equilibrio emocional de quienes comparten un trozo del mundo conmigo. Mis palabras parecen salir claras pero se perciben únicamente como ecos de

un lamento o una alabanza lejana. Todo mi alrededor es algo nuevo y maravilloso para mí. Para el resto de la gente es su espacio cotidiano, para mí es un espacio a descubrir. Todo se ha transformado por el impacto de descubrir la belleza de la gratuidad de la vida y nada puede quedar fuera, desde saborear un café hasta subir a un autobús.

Me gustan los conceptos, pero éstos no son suficientes para decir lo que siento y debo recurrir a otros lenguajes como la poesía, el cine, la pintura, la música... Pero lo que para mí está ordenado porque es un proceso experiencial unívoco, es decir, uno en el momento de mi vida, en un punto de la red de relaciones que soy dentro de los límites de mi cuerpo, para el resto de personas es un pantano donde las cosas parecen pegadas someramente unas con otras. De este modo «yo» he dejado de existir como realidad comprensible y me transformo, para mi entorno, en temor o separación.

Cuando el proceso de producción de conocimiento teológico nos lleva a este punto, entonces, sabremos que hemos empezado a transitar por el camino de una nueva conciencia de las cosas. Dios se ha transformado en una inmensa selva del bosque tropical húmedo,

impenetrable, atrayente, fértil, bondadosa y hacia ella inicio mi caminar. Dios es un perfume en las entrañas de la selva; siento su respiración, escucho sus cantos y murmullos, palpo su piel húmeda, veo sus millones de verdes, gusto los frutos silvestres que produce su corazón. Dios es el lugar para explorar, encontrarme conmigo en una nueva condición de igualdad con mi entorno y aprender a amar a quienes me rodean. Por eso es que entiendo que la formación de nuevos lenguajes para expresar el conocimiento teológico debe partir de nuestra no-capacidad de conocer a Dios, y del respectivo deseo, pasión, anhelo por encontrarlo, es decir, de nuestro compromiso con Su búsqueda.

Entonces, ¿qué queda de la teología? Pues queda el deseo de encontrar los mundos imposibles de precisar, que genera la condición caótica de la vida en el que todos/as nos encontramos como peregrinos/as necesitados/as de afecto y de un trozo de pan y de paz. Eso es, al final de cuentas, el lenguaje teológico fundamental: la construcción de lo humano para de allí, tantear el Espíritu de Dios.

#### Notas

1Katherine Hayles, *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature, and Informatics*. (Chicago: University of Chicago Press, 1999).

2 Abbas, Niran. *The Posthuman View On Virtual Bodies*. [WWW.ctheory.com/r49.html](http://WWW.ctheory.com/r49.html)

3 «Lo político, correctamente realizado, no es sino el conjunto de acciones mediante las que concretamos efectivamente la comunidad en un espacio histórico determinando. El proceso o movimiento hacia la comunidad, desde luego, descansa en y expresa al mismo tiempo, tendencias que valoran la cooperación, la solidaridad, el afecto, la comunicación real, horizontal entre los hombres. La comunidad humana, la polis, lo político, no consiste meramente en un estar juntos de cualquier modo los seres humanos, como ‘están juntos’, por ejemplo, algunos animales en un rebaño.» Helio Gallardo, *Elementos de política en América Latina*, (San José: DEI, 1986), p.53.

4 Alves citaba a Orwell (1984) sobre el poder como energía vital pero al mismo tiempo como algo demoníaco: «El partido busca el poder exclusivamente por amor al poder. No estamos interesados en el bien común; sólo estamos interesados en el poder. No se trata ni de riquezas, ni de lujo, ni de felicidad: sólo poder, puro poder. Vas a entender ahora lo que significa el poder puro. Somos distintos de todas las oligarquías del pasado porque sabemos lo que estamos haciendo. Todos los demás hasta los que se parecían a nosotros, fueron cobardes e hipócritas. Los nazis alemanes y los comunistas rusos llegaron muy cerca de nosotros en sus métodos, pero nunca tuvieron el coraje de reconocer sus motivaciones...El poder no es un medio: el poder es un fin. No se establece una dictadura con el objeto de salvaguardar una revolución: se hace una revolución con el objetivo específico de establecer una dictadura. El objetivo de la persecución es la persecución. El objetivo de la tortura es la tortura. El objetivo del poder es el poder.» Rubem Alves *La teología como juego*, (Buenos Aires: Tierra Nueva,1982), p.43-44.

5 Ibid., p. 25.

6 Sallie McFague, Modelos de Dios. *Teología para una era ecológica y nuclear* (España: Sal Terrae, 1994) pp.157-298.

7 José Severino Croatto, *El hombre en el mundo 1. Creación y designio. Estudio de Génesis 1.1-2.3* (Argentina: Aurora, 1974), p.196.

## **Bibliografía**

Alves, Rubem. 1982. *La teología como juego*. Buenos Aires: Tierra Nueva.

Croatto, José S. 1974. *El hombre en el mundo 1. Creación y designio. Estudio de Génesis 1.1-2.3*. Argentina: Aurora.

Gallardo, Helio.1986. *Elementos de política en América Latina*. San José: DEI.

Hayles, Katherine. 1999. *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature, and Informatics*. Chicago: University of Chicago Press.